

Gracias a ti, Soy una Maga

—¿Estás en Ehime?

—¿Estás en Ehime?
Puedo oír la sorpresa de Tamaki al teléfono.

—¡Espera un momento, Suzume!

Detrás de su voz incrédula, apenas se oyen otros teléfonos sonando y voces bajas hablando. Son casi las nueve de la noche, pero Tamaki sigue en la oficina de la cooperativa pesquera.

—¡Pero me dijiste que te quedabas en casa de Aya anoche!

—Eh, bueno, de repente se me ocurrió hacer un pequeño viaje...

—digo lo más alegre que puedo, añadiendo una risita al final.

—¿¡Cómo puedes reírte de esto!? —espeta.
Puedo verla en mi mente. Está en ese edificio retro de la cooperativa al que fui una vez en una excursión escolar, sentada en su escritorio gris, sujetando el teléfono y frunciendo el ceño con ansiedad.

—Volverás mañana, ¿verdad? ¿Dónde te quedas esta noche?

—No te preocupes, ¡tengo ahorros suficientes para pagar una habitación!

—¡Eso no es lo que te pregunto!

De fondo, oigo a alguien decir:

—Minoru, nos vamos de copas.

—Id vosotros. Voy a invitar a Tamaki.

Me imagino también a Minoru. Los hombres de la cooperativa están viendo cómo Tamaki se enfada y haciendo bromas estúpidas sobre que estoy en mi fase rebelde.

—La cuestión es que necesito que me digas dónde te quedas esta noche. ¿Un hotel? ¿Una posada? ¿De verdad estás sola? ¿No estarás con alguien que no conozco?

Cuelgo de golpe, casi por reflejo. Oh, me la imagino perfectamente. Está mirando la foto de cuando era pequeña que guarda en su escritorio y suspirando. Yo también suelto un suspiro



dramático. Si dejo las cosas así, en el peor de los casos, podría llamar a la policía.

¿Por qué, por qué no se me ocurrió una coartada mejor ayer?
¿Quién dejó las cosas para más tarde y me puso en esta situación?
Yo misma, claro.

Ahora, ahora, apoyar la salud mental de tu cuidadora es deber de toda niña, me digo mientras escribo un mensaje en LINE.

“¡Perdón por colgarte!” Enviar.

“¡Estoy genial!” Enviar.

“¡Pronto estaré en casa!” Enviar.

“¡No te preocupes por mí!” Enviar.

Pegatina mona de un gato haciendo una reverencia de disculpa.
Enviar.

Bam, bam, bam. Cinco notificaciones de “mensaje leído” aparecen. La rapidez de su respuesta me pesa. Suelto otro suspiro cansado.



Toc, toc.

Sin previo aviso, alguien llama a la puerta justo a mi lado.

—¿Sí?

Me pongo recta y abro la puerta.

—¡La cena está servida! —dice Chika. Lleva el uniforme de la posada mientras me entrega la bandeja de comida con una sonrisa.

Cuando salí de la carretera bloqueada cubierta de barro y cargando la sillita, Chika fue lo bastante amable como para no hacer demasiadas preguntas. Sí preguntó si tenía sitio donde quedarme esa noche. Cuando le respondí sinceramente que estaba buscando uno, sonrió y dijo:

—¡Hoy es tu día de suerte! Mi familia lleva una posada. ¡Debías de estar destinada a quedarte con nosotros esta noche!

Mientras bajaba la carretera, me regañó para que me agarrara más fuerte, sin importarle que le manchara el chándal escolar de barro. Me aferré fuerte y miré la nuca, dándome cuenta de lo asustada que debió de estar esperando sola en esa carretera oscura. Me disculpé como diez veces. También me concedió mi mayor deseo: por fin darme un baño. Me restregué todo el barro, el sudor y lo que fuera que tuviera pegado en el amplio baño compartido de la posada, y luego me sumergí en el agua caliente y profunda. Como predije, varias zonas de mi piel no estaban contentas. Ya ni sabía si eran quemaduras del sol o rasguños. Lavé el uniforme en un rincón, me puse el yukata rosa pálido que Chika tuvo la amabilidad de prestarme y fui a la habitación que me había preparado. Ahora me traía la cena en una bandeja.

—¡Oh, guau, gracias! —digo, notando cómo se me humedecen los ojos. Al mismo tiempo, me doy cuenta de que tengo tanta hambre que me duele.

—¿Te importa si ceno aquí contigo? —pregunta Chika.

—¡No, claro que no! —respondo, encantada. Pero...
—Solo, perdona, ¿puedes esperar un segundo?

Cierro la puerta, cruzo el pequeño recibidor con lavabo en un solo paso y abro la ruidosa puerta corredera de la habitación principal. Souta, que está de pie en medio de la habitación, me mira.

—¿Qué hago? —le pregunto.

—Cenad juntas —dice. Puedo oír la sonrisa en su voz—. Parece que en este cuerpo no me entra hambre.

Se va a una esquina de la habitación grande y se gira hacia la pared.

—No te preocupes por mí.

Tranquilizada por su tono alegre, le digo a Chika que pase.

Chika me cuenta que el enorme pescado que casi se cae del plato es “tachiuo” (pez sable) a la parrilla con sal. La piel cruje apetitosamente cuando la rompo con los palillos, mientras el vapor



sale de la carne blanca y esponjosa. Cojo un buen trozo y lo pongo sobre el arroz, y luego me lo llevo a la boca junto con el arroz.

—Esto está tan bueno...

No puedo evitar decirlo. Está realmente delicioso. Mientras el sabor ligero y dulce de la grasa se extiende por mi boca, noto que todo mi cuerpo se alegra. Antes de darme cuenta, algo caliente me cae de los ojos.

—¿Suzume, estás llorando?

—Es que está tan rico...

Chika se ríe feliz. Juntamos las bandejas y nos sentamos una frente a la otra mientras comemos.

—Debías de tener muchísima hambre —dice Chika, impresionada.

—Sí —admito, sonriendo con timidez.

—Tuvimos algunos huéspedes inesperados esta noche, así que tardé más de lo habitual en traerte la cena. ¡Perdona!

—¿Qué? ¡No, por favor, no te disculpes! —respondo, poniéndome de repente muy educada ante su increíble hospitalidad—. ¡La que debería disculparse soy yo! No solo estoy ocupando una habitación, ¡me has dejado usar el baño, me has prestado un yukata y me has dado de cenar!



—No es nada, de verdad. Esto es lo que hace mi familia para ganarse la vida.

Me explica que la posada es un negocio familiar y que, aunque a veces contratan ayuda, básicamente la llevan ella, sus padres y su hermano pequeño, que aún está en primaria. En días como hoy, cuando hay muchos huéspedes, Chika se pone el uniforme y ayuda a servir. A estas horas de la noche, justo antes de las diez, el servicio de cenas casi ha terminado y por fin puede tomarse un respiro.

El sashimi es de pez limón, y el acompañamiento es taro guisado. La sopa de miso ligera, llena de verduras, tiene un sabor delicado, diferente al que estoy acostumbrada. Le digo que nunca he probado nada igual y me explica que es porque usan miso de cebada. Por fin siento que estoy en otra parte de Japón.

Mi móvil suena.

—¡Ah! —exclamo al ver quién es el remitente.

—¿Quién es? —pregunta Chika.

—Mi tía. Perdona, tengo que leer esto.

Abro el mensaje. Uf. Es tan largo que llena toda la pantalla.

“Suzume, no quiero que pienses que soy una pesada, pero lo he pensado mucho y he decidido que quería decirte algunas cosas. Espero que leas hasta el final. Primero, quiero que entiendas que sigues siendo una niña. Eres menor de edad. Creo que eres responsable, pero una chica de diecisiete años sigue siendo una niña a ojos del mundo, y en sentido económico y físico. Eres menor, y aunque seguro que hay muchas formas de verlo, sigo siendo tu tutora—”

¡Ding!

“¡Vaya!”

“PD: No estoy enfadada contigo. Solo estoy confundida y preocupada. ¿Por qué te has ido de viaje de repente sin decirme nada? ¿Por qué Ehime? Nunca has mencionado Ehime y, que yo sepa, no necesariamente...”

Suspiro. Dejo el móvil boca abajo sobre el tatami, como si así pudiera alejarlo de mí. Leeré el resto mañana.

—Ojalá se echara novio de una vez —murmuro.

—¿Tu tía está soltera? ¿Cuántos años tiene?

—Unos cuarenta, creo.

Recuerdo su fiesta de cumpleaños del mes pasado. Siempre llora cuando le canto el “Cumpleaños feliz”.

—Pero es muy guapa —pienso en sus largas pestañas y en lo fácil que se emociona. Cojo un trozo de taro y lo pongo sobre el arroz.

—Solo vivimos las dos juntas. Ella es mi tutora —digo antes de meterme el taro y el arroz en la boca.

—Eso suena complicado.

—¡Para nada! —trago el taro sabroso—. Pero últimamente me pregunto si le estoy quitando todo su tiempo libre.

—¡Qué va! —dice Chika, riendo—. ¡Eso debería decirlo su ex!

—¡Tienes razón! —Ahora que lo pienso, Chika tiene razón. Me siento más ligera.



—¡Ojalá fuera menos sobreprotectora! —digo, riendo.

—¡Te entiendo!

Vaya. Souta ha oído todo eso. Solo cuando estoy terminando la gelatina de mandarina me doy cuenta de que sigue en la habitación con nosotras y me entra un sudor frío.

Después de cenar, ayudo a Chika en la cocina a dar las gracias a su familia (sus padres sonríen y dicen lo mismo que ella: “¡Es nuestro trabajo!”). Ayudo a lavar la montaña de platos y a fregar la zona de baños con un cepillo. Mientras trabajamos, me pregunta si alguna vez he salido con alguien. Le digo que no, que es verdad.

—Mejor así. Los chicos solo traen problemas —se queja alegremente.

Me cuenta que acaba de empezar a salir con alguien, pero que siempre se pone celoso aunque apenas le escriba, y que está todo el rato diciendo que quiere ir a algún sitio donde puedan estar solos, cuando en realidad aquí no hay más que sitios para estar solos. Dice que es un rollo, aunque suena feliz mientras lo cuenta.

Cuando terminamos las tareas, toda la familia bebe té de hierbas frío preparado por la madre de Chika y seguimos bromeando. Cuando nos metemos en los futones que han preparado en mi habitación, son casi las dos de la mañana.

—Gracias a ti, he podido volver a ese sitio después de mucho tiempo —dice Chika, medio dormida, como si acabara de recordarlo.

—¿De verdad?

—Fui al instituto en ese pueblo.

Debe referirse a la escuela abandonada, y mi corazón da un pequeño salto. Continúa en voz baja.

—Hace unos años hubo un corrimiento de tierras y todo el pueblo fue abandonado.

—.....

—Oye, Suzume —dice. Su voz es suave pero firme, como si hubiera decidido decir algo—. ¿Qué hacías allí, toda llena de barro? ¿Qué es esa silla que llevas contigo?

Deja de mirar al techo y se gira hacia mí.

—¿Quién eres?



—Eh...

Las luces eléctricas están apagadas. La luz suave de la lámpara junto a la almohada se filtra a través del papel japonés y brilla amarilla en sus grandes ojos. Detrás de mí, Souta está de pie contra la pared como una silla de verdad. Siento su presencia mientras busco las palabras adecuadas.

—Esa silla... es un recuerdo de mi madre. Pero ahora...

¿Qué digo? ¿Qué puedo decir? No quiero mentir, pero...

—...Lo siento. No puedo explicarlo.

Intento pensar en algo, pero eso es lo único que sale. Chika me mira en silencio. De repente, una sonrisa cruza su cara y suelta un largo suspiro.

—Debes de ser una maga con tantos secretos —bromea antes de darse la vuelta y cerrar los ojos—. Pero, ¿sabes? Por alguna razón, tengo la sensación de que estás haciendo algo importante —dice con voz amable.

—...¡

Casi me pongo a llorar otra vez. Incapaz de quedarme quieta, me siento en el futón.

—Gracias, Chika. Tienes razón: lo que hago es importante. ¡Yo también lo creo!

Le hablo a Souta, que está detrás de mí, contra la pared. Estás haciendo algo importante. Nadie lo sabe, nadie lo ve, pero tú luchas.

Pienso en él, solo, luchando por cerrar aquella puerta en las ruinas. Solo fue ayer, pero parece que han pasado años.

Gracias a ti, ya he cruzado el mar y me han confundido con una maga. Pero también he conseguido hacer algo muy importante.

—¡No te echas tantas flores! —Chika se ríe.

Sonreímos juntas, como hemos hecho desde que nos conocimos.

